

Estela Schindel

**El sesgo generacional del terrorismo de Estado:
niños y jóvenes bajo la dictadura argentina
(1976-1983)**

El proyecto impulsado por la dictadura que rigió en Argentina entre 1976 y 1983 fue uno de remodelación y transformación social a largo plazo. El nombre que el régimen se dio a sí mismo, “Proceso de Reorganización Nacional”, cifraba ese afán fundacional y redentor que se arrogó, junto con el poder, la Junta Militar que tomó el gobierno el 24 de marzo de 1976. Sus ideólogos se habían propuesto poner fin al ciclo pendular de gobiernos civiles y militares que caracterizaba a la política argentina y, sobre todo, eliminar la creciente movilización política que impulsaban principalmente ciertos sectores juveniles, impartiendo un castigo definitivo y ejemplar. Esta vez, decidieron, el escarmiento debía dar resultados duraderos y ejercer sus efectos por varias décadas. Es preciso tener presente ese objetivo a la hora de explorar uno de los aspectos más notorios del terrorismo de Estado desplegado en esos años: un sesgo generacional que tiene a niños y jóvenes como destinatarios principales.

En los años previos al golpe militar de 1976 la juventud se había convertido en Argentina en un sector dinámico y altamente movilizad. La década del sesenta había sido testigo de la radicalización ideológica de varios sectores y de la emergencia cultural y política de la juventud como sujeto activo. Convertidos en actores sociales visibles, radicalizados en sus ideas políticas y, en algunos casos, dispuestos a imponer sus afanes revolucionarios con las armas, los jóvenes eran vistos con creciente desconfianza por el *establishment* político y militar. El mismo Juan Perón, que no mucho antes había incentivado y avalado esa radicalización juvenil refiriéndose a la “juventud maravillosa”, anticipó su caída en desgracia cuando, ante una Plaza de Mayo colmada, insultó a esos mismos jóvenes calificándolos de “imberbes”

y “estúpidos”.¹ La juventud que había logrado convertirse en actor decisivo de la política argentina se convertiría en el blanco principal del objetivo “reorganizador” del régimen. La consecuencia más evidente de esa política se manifiesta en las cifras de desaparecidos desagregadas por edad: el 32% de las desapariciones denunciadas corresponden a jóvenes de entre 21 y 25 años, mientras que el 70% tenía entre 21 y 35 años al desaparecer (CONADEP 1984: 294).

Tanto la baja edad promedio de los desaparecidos como el robo de hijos de desaparecidos para ser dados ilegalmente en adopción, así como el ensañamiento persecutorio hacia los jóvenes que signó la vida cotidiana en dictadura pueden comprenderse como manifestaciones de esa voluntad militar de transformar el país que consideró a niños y jóvenes como materia prima para la consumación de su proyecto. La apropiación ilegal de hijos de desaparecidos y de bebés nacidos en cautiverio fue la más aberrante pero no la única forma en que el régimen militar argentino colocó a niños y jóvenes en el centro de su política represiva. Esos niños dados en adopción ilegalmente, la mayoría de los cuales sigue viviendo en la ignorancia de su identidad hasta hoy, encarnan la culminación de una política terrorista de Estado que también secuestró, torturó y asesinó a niños y adolescentes, y que en la vida cotidiana se tradujo en una extrema desconfianza hacia los jóvenes y en la censura de sus canales espontáneos de expresión. Los adolescentes fueron reprimidos en sus prácticas culturales, silenciados y desvalorizados intelectualmente en las políticas educativas e ignorados en los medios de comunicación, donde se registró una notable ausencia de marcas y símbolos propios de la cultura juvenil.

A continuación se expondrá el contexto del proyecto dictatorial que dio marco a esa persecución y las formas que adoptó la represión directa a niños y adolescentes. Luego se verá cómo los ámbitos cotidianos de la escuela y la familia acompañaron y, en ocasiones, reprodujeron esa política opresiva hacia la infancia y también el modo en que fueron aprovechados los espacios alternativos de expresión y resistencia. Tras considerar el impacto producido por la guerra de las Malvinas, hacia el fin de la dictadura, se hará referencia a la búsqueda

1 El episodio tuvo lugar durante el acto realizado el 1º de mayo de 1974 y significó, además de la ruptura de Perón con la organización guerrillera Montoneros, la agudización de los conflictos entre la izquierda y la derecha peronistas y el aumento de la persecución de jóvenes militantes e intelectuales.

de los niños desaparecidos por parte de las Abuelas de Plaza de Mayo y a las secuelas dejadas por los crímenes de la dictadura, que afectan no sólo a quienes fueron víctimas directas sino a la sociedad argentina toda.

1. Miedo por varias generaciones

El régimen, que se denominó a sí mismo “Proceso de Reorganización Nacional”, intentó realizar la reconversión social y política del país a largo plazo, “desapareciendo” a una generación y modelando a las siguientes de acuerdo a su ideología. La política criminal de Estado dirigida a la infancia y la juventud debe entenderse como parte de ese proyecto que se concebía fundacional y cuyos efectos debían perdurar en el futuro. Poco antes del golpe de Estado de marzo de 1976 un oficial de la Armada afirmó ante un periodista: “si matamos a todos, habrá miedo por varias generaciones”.² La propia figura de la desaparición –sin anclaje físico por la falta de tumba, pero también sin inscripción histórica por la ausencia de registro e información fehaciente de la muerte– condena a las víctimas y sus familiares a un sufrimiento suspendido en la historia, sin resolución temporal. Como un castigo lanzado a futuro que se infiltraría en el imaginario colectivo, el régimen se propuso implementar una política cuyos efectos habrían de sucederlo largamente.³

El terrorismo de Estado que se instauró en Argentina entre 1976 y 1983 presenta las características que Zygmunt Bauman (1989) atribuye a los asesinatos masivos modernos. A diferencia de las masacres premodernas, según este autor, éstos no están movidos por impulsos o emociones sino que responden a un proyecto racional que se concibe como creador. En esta concepción, la remoción de lo que se considera dañino está inspirada por un principio positivo, ordenador: se mata

2 El episodio fue narrado por el periodista Jacobo Timerman, quien le preguntó a su interlocutor a qué se refería con “todos”. El marino respondió: “Todos... unos 20.000. Y además sus familiares. Hay que borrarlos a ellos y a quienes puedan llegar a acordarse de sus nombres... No quedará vestigio ni testimonio” (Timerman 1981: 51).

3 Los jefes militares confiaban que el futuro culminaría y redimiría sus acciones. El presidente Videla, ante las primeras denuncias de desapariciones, arguyó: “Esto forma parte de la historia y ésta juzgará, en su momento, estos hechos. El presente no puede explicarlos”. (En *La Opinión*, 13.12.1977). Ver Schindel (2000).

con un fin.⁴ Esta práctica, que para Bauman se asemeja a una “jardinería” social, es explicada por Michel Foucault (1977) en términos de una “biopolítica”, es decir, el ejercicio de un poder que no sólo imparte la muerte sino que también toma a su cargo la vida. Sobre el fondo de la biopolítica se confunde dar muerte con administrar la vida, hacer morir con hacer vivir; la muerte convive con la gestión de la vida, así como en los principales centros clandestinos de detención argentinos convivían las salas de tortura con precarias “maternidades” para atender a las embarazadas que serían asesinadas luego de parir.

El principio de la “jardinería” social, como el de la biopolítica, se reconoce en las prácticas de los militares argentinos que tomaban a la población como materia y objeto de su voluntad de “reorganizar”. Los represores esperaban con especial interés el nacimiento de bebés de prisioneros de piel blanca y rubios. Según los testimonios, una mujer fue arrojada viva de un avión hacia el final de su embarazo porque para los represores “era fea, y tenían miedo de que el bebé también iba a ser feo”.⁵ Una abuela que buscaba a su nieta desaparecida, en cambio, escuchó de un policía la recomendación de no buscarla más porque “la beba es demasiado linda” y por lo tanto no la iba a recuperar (Arditti 1999: 112), y otro testigo refirió haber visto cómo los verdugos se llevaban a un chico de 10 años mientras le decían “te matamos ahora así no crecés” (Verbitsky 1985: 62). Al modo de una eutanasia a escala social, como una voluntad de extirpar lo indeseable y dar forma a lo existente, el poder militar gestionaba la vida mientras imponía la muerte.

La apropiación sistemática de los recién nacidos o niños pequeños para separarlos de sus familias no fue exclusividad de la última dicta-

4 El general Videla, que fue presidente de la Argentina durante los años más duros de la represión, lo expresó antes del golpe de Estado con las siguientes palabras: “Si es preciso en la Argentina deberán morir todas las personas necesarias para lograr la seguridad del país”. Declaraciones efectuadas en la XI Conferencia de Ejércitos Americanos realizada en Montevideo (*Clarín*, 24.10.1975, citado en Almirón 1999: 99). Años más tarde, demostró la misma convicción de haber “matado por la vida” al afirmar: “No reconocemos culpas bajo ninguna circunstancia, porque si hubo necesidad de matar, nunca fue por matar en sí, sino porque uno tenía necesidad de matar para defender ciertos valores” (*The Times*, 02.06.1980, citado en Mignone 1991: 69).

5 “La elección de las embarazadas” (*Página/12*, 01.07.1995; citado en Taylor 1997: 84).

dura argentina sino una práctica presente en otros momentos de la historia y ejercida por poderes que fundamentaron su acción en proyectos que suponían una intervención biopolítica sobre la sociedad. Como antecedente local puede mencionarse el exterminio de la población aborígen argentina, que incluyó entre sus métodos la separación de los hijos de las madres para entregarlos a otras familias, no en adopción sino como criados (Kordon/Edelman 1994: 82). Igual que ése, otros casos de alejamiento forzado de niños pequeños de sus familias, como el perpetrado por los nazis con 200.000 chicos de Europa del Este y los realizados en Australia y Estados Unidos con descendientes de aborígenes también tuvieron lugar en el marco de proyectos biopolíticos, que se proponían asimilar o destruir lo que consideraban dañino para la supervivencia y futuro de la nación (Arditti 1999: 125-128). En ese contexto, los bebés o niños pequeños eran vistos como instrumentos de una causa superior y tratados como materia biológica a modelar.

2. Un infierno con niños

“¿A partir de qué edad se puede empezar a torturar a un niño?” La pregunta parece fruto de una imaginación diabólica, pero fue efectivamente formulada en un centro clandestino de detención de la dictadura argentina. Una sobreviviente escuchó a un torturador hacerle la consulta a un médico y la mencionó durante su testimonio en el juicio a las juntas militares. La respuesta que le siguió –“a partir de 25 kilos el cuerpo resiste el paso de electricidad”– alude, al igual que la pregunta, no a un supuesto límite o condicionante ético sino a un aspecto puramente técnico, instrumental.⁶ En el universo del terrorismo de Estado creado por los militares no hubo referentes éticos, como lo demuestra el maltrato padecido allí por niños y adolescentes. En un texto leído en 1983 Julio Cortázar invocaba la *Divina Comedia* de Dante para concluir que “en su atroz infierno no hay ni un solo niño; pero el de los militares argentinos responsables de las desapariciones está lleno de pequeñas sombras, de siluetas cada vez más semejantes

6 La expresión proviene de la novela *Dos veces junio* (2002) de Martín Kohan, quien remite el testimonio al *Diario del Juicio*. Ver <<http://www.segundapoesia.com.ar/entrevistas/kohan.html>> (20.05.2004).

al humo y a las lágrimas”.⁷ El escritor señalaba así el desconcierto producido por la percepción de que se carece efectivamente de parámetros en la cultura occidental con los cuales medir tal horror.

Los niños fueron víctimas directas e indirectas del plan criminal implementado por un régimen que, mientras exaltaba públicamente los valores de la “familia”, hizo de la destrucción de lazos familiares un eje central de su práctica represiva. El asalto nocturno y violento de los escuadrones paramilitares en las viviendas particulares que dio inicio a la mayoría de las desapariciones es la manifestación gráfica de esa irrupción del poder militar en el seno de los hogares. El 62% de los secuestros que dieron lugar a las desapariciones denunciadas tuvo lugar en el domicilio de las víctimas (CONADEP 1984: 29). Era habitual por lo tanto que los niños fueran testigos de la captura de sus padres, acompañada casi siempre de torturas o maltratos.⁸ Luego del procedimiento, según el informe *Nunca Más*, los niños eran dejados librados a su suerte o entregados a vecinos, llevados a institutos de menores que los entregaban a sus familiares o los cedían en adopción, secuestrados para ser adoptados ilegalmente por algún represor ocultando su verdadera identidad o conducidos también al centro de detención clandestino, donde incluso eran obligados a presenciar las torturas a que eran sometidos sus padres o eran ellos mismos torturados ante éstos.⁹ Muchos de estos niños continúan “desaparecidos” y los que fueron dados en adopción ilegal siguen viviendo hasta la actualidad en la ignorancia de su origen.

7 Texto leído por Julio Cortázar en noviembre de 1983 ante una comisión de las Naciones Unidas, en Nueva York, cit. en Blaustein/Zubieta (1998: 524).

8 Matilde Herrera (1988) ha reunido relatos de niños que estaban presentes cuando secuestraron y/o torturaron a sus padres. Otros testimonios de hijos de padres secuestrados o asesinados se leen en Gelman/La Madrid (1997).

9 Los testimonios reunidos por la CONADEP ofrecen abundante evidencia de esto. Un niño de seis años, por ejemplo, presenció la captura de sus padres, secuestrados junto a su hermana y prima, durante la cual fue también maltratado. A cargo de la abuela, el niño pasó los siguientes años en silencio y mirando largamente la ventana a la espera de sus padres hasta que, años después, falleció por un “paro cardíaco”. Una niña de cinco años fue secuestrada junto a su madre y otra mujer con niños pequeños y mantenida en cautiverio varios días durante los cuales fue obligada a presenciar las sesiones de tortura de su padre. Pocos días después de ser llevada al hogar de sus abuelos, la niña tomó un arma que encontró en la casa y se suicidó (CONADEP 1984: 318-320). Hubo detenidas obligadas a presenciar la tortura de sus hijos y aún el maltrato de bebés (ibídem: 267).

El plan de apropiación y sustracción de la identidad de estos niños fue concebido y perpetrado por los militares, quienes contaron además con la complicidad de las organizaciones civiles de custodia de menores y la mayor parte de los jueces. El robo sistemático de niños no afectó sólo a los hijos hallados en los procedimientos sino que comenzaba ya durante la gestación. Las mujeres embarazadas constituyeron el 3% del total de desapariciones denunciadas. Muchas de ellas fueron mantenidas en cautiverio hasta dar a luz y asesinadas luego del parto. Los bebés separados de sus madres eran llevados con rumbo desconocido sin que sus parientes fueran informados sobre su destino, e inscriptos en el Registro Civil con una falsa identidad. Un abundante cuerpo testimonial ha descrito las “maternidades clandestinas” que funcionaron en los principales centros clandestinos de detención de la dictadura, la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) y Campo de Mayo. En ellos, las embarazadas podían contar con algún cuidado o beneficio con el que no contaban sus compañeros de martirio, pero los testimonios indican que también ellas fueron torturadas y violadas, y que se aplicó así un castigo por anticipado a la generación por nacer.¹⁰

La organización Abuelas de Plaza de Mayo ha documentado la desaparición de al menos 88 niños y 136 mujeres embarazadas; pero la estimación del número real de chicos desaparecidos asciende a cerca de 500 (Arditti 1999: 50). Varios jefes militares, entre ellos el ex presidente Videla, fueron condenados en 1998 por los delitos de apropiación sistemática de menores y sustracción de identidad, pues se demostró que estos episodios no fueron casos aislados ni respondieron a iniciativas individuales sino que fueron parte de un plan premeditado e integral. Sin embargo, y pese a que fueron juzgados y sentenciados por esos crímenes, los militares no han reconocido públicamente la existencia de ese plan y continúan ocultando la información que per-

10 Una sobreviviente testimonió haber sido torturada con picana eléctrica, golpeada y violada sistemáticamente mientras tenía un embarazo de seis meses, lo cual la dejó con graves secuelas físicas y psíquicas, obsesionada por el recuerdo de sus propios tormentos y alaridos, y los de sus compañeros. Al tiempo fue liberada y nació su hijo, quien como resultado de la tortura a su madre acusaba un desequilibrio neurovegetativo (“hipoacusia bilateral”). Los médicos diagnosticaron que el niño padecía “secuelas de guerra” y que la patología era resultado de los *shocks* eléctricos recibidos por su madre durante la gestación (CONADEP 1984: 318). Testimonios similares se leen en *ibidem* (155; 317-319) y en Arditti (1999: 22-24).

mitiría a los niños robados recuperar su identidad. La fundamentación de la sustracción sistemática de niños fue musitada en dictadura en forma reservada, como cuando un militar reveló al abogado Emilio Mignone que uno de los problemas que enfrentaban era “cómo hacer para que los hijos de los desaparecidos no crecieran en el ‘odio a los militares’” (ibídem: 50) o admitida impunemente por los integrantes más fanatizados del régimen como el ex-general Camps, quien “fundamentó que los hijos de los desaparecidos no podían volver a sus familias de origen porque [éstas] no eran capaces de transmitir a estos chicos los valores de nuestra cultura, que eran, según él, los valores que determinaba la dictadura militar” (Kordon/Edelman 1994: 79).

Mientras muchos niños y adolescentes fueron perseguidos y castigados por el hecho de ser hijos de alguien, por hallarse en el lugar del secuestro o como extorsión hacia sus padres, otros fueron considerados ellos mismos blanco de la represión, como los 250 adolescentes desaparecidos de entre 13 y 18 años de edad. Según habría admitido un coronel ante un grupo de padres, se llevaban a los jóvenes de “colegios subversivos [para] cambiarles las ideas” (Berguier/Hecker/Schifrin 1986: 56). Los colegios secundarios fueron objeto de operativos represivos específicos y se produjeron desapariciones colectivas de estudiantes –que a menudo contaron con la complicidad activa de sus autoridades– como en los conocidos casos del Colegio Nacional de Buenos Aires y la Escuela Carlos Pellegrini.¹¹ El caso más recordado es el que tuvo lugar el 16 de septiembre de 1976, cuando un grupo de adolescentes de entre 16 y 18 años desapareció en La Plata. Luego de un periodo de cautiverio y torturas, la mayoría de ellos fueron asesinados. El hecho, conocido como “La Noche de los Lápices”, dio lugar a un libro traducido a varios idiomas y a una película que en Argentina vieron tres millones de personas y se convirtió en símbolo de la atrocidad del terrorismo de Estado que se ensañó con un grupo de adolescentes.¹²

11 Documentados respectivamente en Garaño/Petrot (2002) y en la película *Flores de Septiembre* (2002).

12 Desde entonces, el 16 de septiembre es recordado cada año como el “Día de la lucha de los estudiantes secundarios”. Este caso, sin embargo, también es ejemplo del modo en que la memoria colectiva opera en forma selectiva, priorizando algunos aspectos de la historia y relegando otros. Durante mucho tiempo su historia pública se basaba sólo en el relato de Pablo Díaz, a quien se creía único sobreviviente, y vinculaba la detención a la campaña de los jóvenes por el “boleto

Los niños y jóvenes que sufrieron en carne propia el asesinato y/o la tortura fueron la culminación de la política represiva, cuyos efectos atemorizantes estaban destinados a extenderse al conjunto de la población. Para el resto de los estudiantes, el régimen autoritario dispuso de un sistema educativo regresivo y disciplinador que, como su contracara “blanda”, continuaba y complementaba la política terrorista estatal.

3. El largo brazo del autoritarismo: la escuela en dictadura

Los testimonios de los crímenes de la dictadura argentina incitan a pensar esos hechos como una excepción absoluta: una instancia límite alejada de la cotidianeidad. Como ha señalado Pilar Calveiro (1998) en su análisis del sistema represivo clandestino, sin embargo, los centros de detención ilegales y la sociedad no pueden pensarse como entidades aisladas sino que hay correspondencias entre el aislamiento, silencio e inmovilidad a que eran sometidos los prisioneros y la ignorancia, compartimentación y sumisión que padeció la población toda. Entre las cámaras de tortura que actuaban como caja de resonancia amplificando el terror y el conjunto de la sociedad había fronteras porosas y aunque ambos mundos permanecían separados uno del otro, es posible hallar vasos comunicantes, modos de intuir uno en el otro. Así como hubo niños llevados a los centros clandestinos de detención, entonces, algo del régimen represivo se infiltró en un sistema escolar que ponía un énfasis puramente formal en aspectos disciplinarios y burocráticos, vaciaba sus contenidos, premiaba la obsecuencia y castigaba el afecto. Postular esta correspondencia no implica en modo alguno relativizar el carácter criminal del terrorismo de Estado ni equivale a afirmar que “todo es lo mismo”. Se trata en cambio de interrogar por las posibles continuidades entre la represión directa de niños y adolescentes y la alienación y persecución de que éstos fueron objeto en calles, plazas y escuelas.

estudiantil”. En 1998 otra sobreviviente, Emilce Moller, dio una versión diferente de los hechos, según la cual hubo más secuestrados y más sobrevivientes y sus capturas no tuvieron relación con el boleto estudiantil sino con la militancia en la Unión de Estudiantes Secundarios, una organización vinculada a Montoneros, la guerrilla peronista de izquierda. Ese testimonio hizo más compleja la interpretación del pasado puesto que sustituyó la tendencia a la “inocentización” o “angeli-zación” de las víctimas por una que obliga a reconocer el activismo político, en ocasiones armado, de muchas de ellas. Ver *Página/12*, 15.09.1998.

Sobre estas últimas, los estudios disponibles acerca de la educación durante el régimen militar ofrecen diagnósticos coincidentes: una ideología retrógrada y autoritaria aunada a la burocratización extrema de las actividades y al vaciamiento curricular provocaron en pocos años un notable deterioro de la educación pública que perjudicó especialmente a la escuela media (Braslavsky 1986; Filmus 1988).

Según Cecilia Braslavsky (1986) la política educativa de la dictadura culminó un proceso de deterioro selectivo de la acción escolar iniciado hacia 1960 y orientado a menoscabar el dominio de ciertos elementos cognoscitivos y la capacidad crítica. Esta tendencia al deterioro de la calidad de la enseñanza por vía del retroceso o estancamiento se asentó en la ritualización autoritaria de la vida escolar, una práctica orientada a hacer “como si” se aprendiera mientras se cumplía una serie de ritos normativos. Se trataba de escuelas por las cuales los alumnos “podían pasar... sin aprender a leer o escribir, pero no sin aprender a formar fila, respetar la autoridad, hacer silencio” (Filmus 1988: 23).

El modelo educativo de los militares estaba orientado a “restaurar” la “autoridad y el orden”, para lo cual se implementó un sistema burocrático y de control destinado también a los maestros, convertidos ellos mismos en objeto de observación y persecución ideológica. Programas escolares censurados se complementaban con documentos del Ministerio de Educación llamando a reconocer y denunciar la “subversión en el ámbito educativo”. Esas disposiciones censuraban, por ejemplo, las orientaciones laicistas, las lecturas con finales abiertos, la “fantasía ilimitada”, la alusión a la pobreza y la mirada pesimista puesto que “el pesimismo es subversivo”; las matemáticas modernas fueron suprimidas de la enseñanza por “subversivas” y se prohibió el libro *El Principito*, de Antoine de Saint Exupéry (Gociol/Invernizzi 2002: 101-129).

La mediocridad en los contenidos fue acompañada de gestiones educativas caracterizadas por el estímulo al uso de sanciones, lo que dio lugar a un aumento en el número de alumnos expulsados (Vergara 1997: 164). La extrema burocratización quitaba tiempo al personal docente para la satisfacción de las demandas de los alumnos y la prohibición de desarrollar una “familiaridad excesiva” en la escuela, para lo cual los estudiantes debían guardar “absoluto silencio”, impregnaba el clima cotidiano en las aulas. Las autoridades instaban a

cantar el himno nacional “con unción”, reglamentaban cada detalle de la vestimenta y el aspecto de los estudiantes y les prohibían efectuar presentaciones o solicitudes colectivas (Berguier/Hecker/Schiffrin 1986: 54).

En cuanto a los contenidos transmitidos, se trataba de un universo cerrado, altamente fragmentado y esquematizado, descontextuado de la historia y la sociedad. Según Daniel Filmus (1988) las políticas autoritarias operaban tanto en el orden expresivo (las formas de disciplina y organización institucional) como en el orden instrumental (que atañe a los contenidos curriculares y los modos de transmitirlos). En el primero, a partir de la imposición coercitiva de un orden altamente jerarquizado, la excesiva normativización y el disciplinamiento autoritario; en el segundo, legitimando esa disciplina y organización jerárquica no tanto en relación a los contenidos que se transmitieron como a aquellos que se dejaron de transmitir. La política educativa de la dictadura produjo un vaciamiento de saberes socialmente válidos del ámbito educativo, programa que queda explícito en un currículum impuesto en 1981 que limitaba el acceso a la lengua en primer grado, cuyo primer cuatrimestre sólo se usaba en “tareas de aprestamiento”, mientras en el segundo se aprendían sólo trece letras, con lo cual los niños completaban su alfabetización recién en tercer grado y quienes desertaban antes por razones sociales o económicas no la alcanzaban nunca (Filmus 1988: 19).

La menor exigencia, justificada como un modo de evitar la deserción, estaba destinada a retrasar el acceso de los alumnos a saberes más elaborados y someter su adquisición al juego del mercado. Pero el vaciamiento de contenidos no fue homogéneo sino heterogéneo y segmentado, reproduciendo la existencia de circuitos educativos de calidad diferenciada de tal modo que el Estado intervino activamente en la generación de condiciones desiguales de aprendizaje, desfavoreciendo a través de las mismas a quienes también se encontraban en inferioridad de condiciones para acceder a los saberes fuera del sistema educativo (Filmus 1988: 20-23). El resultado de las políticas educativas de la dictadura, por lo tanto, puede evaluarse más por lo que se impidió aprender en las escuelas que por lo que éstas efectivamente enseñaron.

Fuera de la escuela, los consumos culturales para niños que habían conseguido eludir la censura reproducían las restricciones del curricu-

lum escolar, como las visiones de la historia descontextualizadas y acrílicas, acordes a un programa de modernización conservadora. Un análisis del contenido de la revista infantil *Billiken* entre 1976 y 1978 muestra cómo en esas páginas –al igual que en las aulas– se anulaban los contenidos vinculados a la historia contemporánea y los conflictos sociales: la “historia” se detenía en el siglo XIX, bajo “actualidad” se presentaban sólo innovaciones científicas o tecnológicas y el rubro “ciencias sociales” se limita a la geografía (Guitelman 2003). La revista reproducía y justificaba los principios de autoridad y jerarquía así como el no cuestionamiento de las órdenes de los padres, los maestros y los mayores en general. El de *Billiken*, sin embargo, era un discurso engañoso puesto que pretendía hacer creer a los niños que cuando llegasen a grandes serían finalmente autónomos, pero su objetivo real era contribuir a afianzar subjetividades sumisas y acrílicas destinadas a perdurar hasta la adultez.

La persecución y censura en el ámbito educativo se combinó con iniciativas destinadas a crear consensos y afinidades con el régimen por parte de alumnos y estudiantes. El momento negativo de la represión debía complementarse con la creación de efectos de poder positivos y con el ejercicio de estrategias “productivas”, funcionales al proyecto oficial de modelación de la vida.¹³ Así se promovieron eventos y concursos con temas militares y títulos como “El niño y el Ejército” o “La autoridad auténtica y responsable” (Vergara 1997), los colegios secundarios participaron en una campaña destinada a que los jóvenes viajaran a las zonas limítrofes del país llamada “Argentinos, Marchemos a las Fronteras”. Ésta fue inaugurada el 16 de noviembre de 1979 con un acto en un gran estadio de fútbol que fue de concurrencia obligatoria para alumnos de decenas de escuelas secundarias y se dirigía, según los propios jefes militares, a los “líderes del año 2000” (Berquier/Hecker/Schifrin 1986: 52). En eventos como ése los estudiantes eran tratados con adulonería y paternalismo: no como sujetos sino

13 Por “positividad” del poder Michel Foucault entiende el modo en que éste despliega sus “funciones de incitación, de reforzamiento, de control, de vigilancia, de aumento y organización de las fuerzas que somete: un poder destinado a producir fuerzas, a hacerlas crecer y ordenarlas más que a obstaculizarlas, doblegarlas o destruirlas” (Foucault 1977: 165).

como material para un proyecto; no como fines en sí mismos sino como instrumentos para el futuro.¹⁴

Los estudiantes secundarios se situaban justamente en la mira de la política oficial, la cual establecía diferencias entre los jóvenes: aquellos que habían pasado por experiencias políticas intensas previas a 1973 se consideraban “irrecuperables” y debían ser combatidos. Al mismo tiempo y pensando a largo plazo, se desarrolló una estrategia orientada al “relevo” de esa generación, que tenía por destinatarios principales a los estudiantes secundarios. Quienes cursaban la escuela media en dictadura ya no compartían las aulas con quienes habían sido estudiantes en los períodos previos de agitación política y nacían a la vida social en una época sombría. Considerados aún vírgenes de inclinaciones políticas y debidamente aislados de las experiencias radicalizadas de sus hermanos mayores, eran los destinatarios de las arengas adulatorias en tiempo futuro, donde se los valoraba por su juventud no en virtud de su presente sino en tanto portadores de un “mañana de grandeza” (Berguier/Hecker/Schifrin 1986: 68). Sin embargo, la persistencia de espacios mínimos de expresión autónoma, del que fueron parte experiencias de fútbol intercolegial, periodismo estudiantil (en 1981 había 35 publicaciones de este tipo en colegios estatales de la Capital Federal), las campañas por el boleto estudiantil y finalmente la reorganización del movimiento de estudiantes, permitió un breve margen de libertad y demostró que el proyecto de “ganar para sí” a los estudiantes secundarios no había triunfado, o no lo había hecho totalmente.

4. La familia: ¿refugio o represión?

En las investigaciones que se ocupan de la familia y la vida cotidiana en dictadura se encuentran dos tendencias que, a primera vista, parecen contradictorias. Por un lado, se lee que las relaciones familiares, al igual que otros ámbitos micro de la vida social, reprodujeron las tendencias autoritarias y despóticas que regían a nivel macro en la Argen-

14 Según una publicación de la Gendarmería “los colegios secundarios son los instrumentos idóneos para materializar la empresa [...] porque están en inmejorables condiciones para seleccionar para esta Marcha a los jóvenes cuyas cualidades permiten identificarlos como futuros líderes [...] porque la escuela argentina es uno de los pilares esenciales para la conformación del Ser Nacional” (citado en Berguier/Hecker/Schifrin 1986: 52).

tina; por otro, hay quienes afirman que el ámbito familiar ofreció un espacio de refugio, exilio interior y aún de resistencia ante el cercenamiento de la vida pública.

La primera consideración está presente sobre todo en los trabajos pioneros de Guillermo O'Donnell (1983) sobre lo que llamó el autoritarismo "capilar" desplegado en los contextos micro de la vida social –las "texturas celulares del cotidiano"– donde detectó tendencias análogas a las que tenían lugar a escala macro en la Argentina. Aunque transcurrió en planos menos resonantes que el terrorismo de Estado, este intento de penetrar capilarmente en la sociedad para implantar en todos los contextos los principios de orden y autoridad, reprodujo los efectos de la represión en los ámbitos cotidianos. Según O'Donnell, los "kapos" y los "mini despotismos" se multiplicaron en los lugares de trabajo, la escuela, la familia y la calle, como consecuencia de lo cual no sólo se vivía bajo un régimen despótico, sino que la sociedad toda se comportaba en forma autoritaria y represiva. Los padres eran estimulados a vigilar a sus hijos, supervisar sus lecturas y controlar sus amistades, reproduciendo en pequeña escala el disciplinamiento y control ejercido por el poder militar.¹⁵ El grado de legitimidad que había alcanzado el orden autoritario en la población, sin embargo, también procedía de la gran cantidad de padres y alumnos que reclamaban pautas de comportamiento disciplinario en la escuela y solicitaban "volver al pelo corto, al uniforme e incluso volver a llevar la policía a la escuela" (Filmus 1988: 25).

Esta caracterización de la familia como un ámbito donde se reproducen a escala menor los autoritarismos del poder parece en principio antitética al énfasis puesto por otros autores en el rol de la familia

15 La revista *Para Ti* luego de un atentado terrorista cometido por una joven de escuela secundaria conminaba: "¿Qué les están haciendo a nuestros hijos? [...] Las madres tienen un papel fundamental que desempeñar. En este tiempo criminal que nos toca vivir [...] uno de los objetivos claves del enemigo es su hijo, la mente de su hijo. Y son ustedes, las madres, con más fuerza y efectividad que nadie, las que podrán desbaratar esa estrategia si dedican más tiempo que nunca al cuidado de sus hijos" (cit. en Blaustein/Zubieta 1998: 130). Simétricamente, *Billiken* estimulaba a los niños a observar el cumplimiento de las obligaciones de sus padres, cuando explicaba el sentido y el deber de pagar impuestos y recomendaba: "Cuando esta noche converses con papá sobre las cosas del día [...] contale qué leíste en este aviso y preguntale qué opina" (*Billiken*, 19.09.1978, cit. en Guitelman 2003: 87).

como un ámbito de refugio, vinculado a la persistencia de espacios clandestinos de resistencia cultural y a lo que se denominó el “exilio interior”. Éste se expresó con frecuencia en el seno de los hogares, donde algunas familias conseguían preservar puertas adentro un gran margen de autonomía (Novaro/Palermo 2003). La militarización durante la dictadura le habría dado un significado completamente nuevo al hogar, donde ahora tenían lugar reuniones políticas, grupos de estudio, recitales de música o talleres de poesía (Filc 1997). Durante la década de 1980 la familia habría recobrado un rol protagónico en el proceso formativo de los jóvenes, que contribuyó a preservar cierto grado de conciencia social y determinadas herencias culturales ante el avance autoritario y oscurantista en los ámbitos públicos, fortaleciendo la cooperación sobre el conflicto intergeneracional (Braslavsky 1986).

Lo que en un primer momento podría parecer contradictorio es, sin embargo, la doble manifestación de una misma tendencia a la privatización de la vida, donde por un lado los ámbitos familiares albergaban las actividades que ya no podían realizarse en público o ante desconocidos por temor a delaciones, y al mismo tiempo los padres actuaban como “vigilantes” de sus hijos no sólo en respuesta a las campañas oficiales sino como parte del mecanismo de introyección de la vigilancia que padecieron todos los ciudadanos.¹⁶ Refugio y cárcel a la vez, la familia habría adoptado ambos papeles como parte de la privatización de los asuntos públicos que se produjo durante la dictadura. La protección y el control pudieron haberse confundido y mezclado en ese proceso que, como señala Judith Filc (1997), dio lugar a la reconfiguración de los espacios público y privado en Argentina entre 1976 y 1983. Si los vínculos familiares fueron los únicos autorizados por el régimen militar, éstos se volvieron en su contra cuando en nombre de esos mismos lazos las organizaciones de familiares de desaparecidos se constituyeron en la principal resistencia activa a él. A partir de esa experiencia, por otra parte, esos actores pudieron disputar los signifi-

16 Guillermo O'Donnell cree que el “pathos autoritario” que encontró “ecos importantes” en la población se debió en parte a que “muchos padres sintieron que ‘retomando el mando’ para garantizar la despolitización de sus hijos los salvarían del destino de tantos otros jóvenes”, lo cual explica las observaciones hechas por psicólogos acerca de la acentuación de los rasgos “más represivos e infantilizantes de muchas familias” (O'Donnell 1983: 6).

cados establecidos de “familia” y proponer sentidos alternativos de la misma basados en vínculos horizontales y solidarios y no en jerarquías prestablecidas, llevando la idea de parentesco más allá de su definición biológica (Filc 1997).

Cuando las autoridades militares hablaban de “familia”, en cambio, apuntaban a la biologización de los vínculos sociales y la esencia- lización y naturalización del ordenamiento jerárquico de la sociedad. El discurso del régimen se refería reiteradamente a la “gran familia argentina” asimilando la nación toda a una familia ahistórica y despoli- tizando así sus conflictos (ibídem). El país, como las demás familias, estaba llamado a ser disciplinado por el “padre”, encarnado en el po- der militar. Diana Taylor (1997) también interpreta la relación de los militares con la población como la de un padre autoritario con su hijo, siendo la madre la figura femenina abstracta e idealizada de la “Pa- tria”. Mientras en los centros de tortura los niños podían ser atormentados como adultos, los mayores eran llevados intencionalmente a un estado de “infantilización”. Según Frank Graziano los efectos regresivos de la tortura y del miedo produjeron en parte de los ciudadanos un virtual estado de minoridad, una suerte de “infancia política” en busca de figuras de autoridad.¹⁷ La Junta Militar asumió para sí el rol de adulto y relegó a la población toda a una niñez perpetua, donde los adultos fueron cercenados en su autonomía y la sociedad toda devino, según un recordado artículo de María Elena Walsh, un “país jardín de infantes”. Esta escritora se refirió, aún en dictadura, a la censura, re- presión y chatura cultural afirmando que “hace tiempo que somos como niños y no podemos decir lo que pensamos o imaginamos”

17 “The poetics of punishment within the detention centers themselves more dra- matically illustrated the creation of a ‘political infancy’ archetype that the mili- tary myth required. Prisoners wet their beds and defecated in their pants. They were entitled to do nothing. They were not to speak unless spoken to. And when they were spoken to, in torture interrogation, they were reduced, in the image of infants, to a state anterior to language (prelinguistic screams) and to begs and whimpers before they were allowed to respond with a few ‘mature’ words that were continually punished until the victims retreated to a childlike submission [...] They were denied an upright posture, as though, like babies, they were inca- pable of it” (Graziano 1992: 117).

mientras “el ubicuo y diligente censor transforma uno de los más lúcidos centros culturales del mundo en un Jardín-de-Infantes”.¹⁸

5. Culturas juveniles: recrear un “nosotros”

Varios miles de jóvenes fueron desaparecidos y asesinados por el terrorismo de Estado, pero además los jóvenes como sector social o grupo etario “desaparecieron” de la escena pública y de los medios de comunicación. Guillermo O’Donnell describió cómo la publicidad oficial reproducía “una escena típica, que tal vez destile mejor que ninguna otra la autoimagen preferida de ese despotismo” y que consiste en:

una familia ideal compuesta por un hombre perfectamente vestido [...] volviendo a su casa después del trabajo, cansado, pero feliz, recibido tiernamente por su esposa, no menos feliz de haberse quedado en casa, limpiando, atendiendo a los niños y cocinando. Otro personaje de esa escena es algún anciano/a, abuelito/a, buenísimo y reverenciado, portador de la imagen de un pasado más antiguo que el reciente, y en el cual esa deliciosa familia entronca su sentido de continuidad. Y, hacia abajo, absolutamente ningún joven –imagen subversiva cuidadosamente eliminada. Sólo niños de corta edad, sonrientes, limpiísimos y, por supuesto, totalmente obedientes (O’Donnell 1983: 7).

El autor agrega que esta imagen estereotipada y reiterada en los mensajes militares no respondía sólo a instrucciones del gobierno sino también a expectativas de la población.¹⁹ Los publicitarios decían haber recibido de los propios empresarios el pedido de reproducir “esa escena social y psicológicamente regresiva” puesto que según sus investigaciones de mercado “era la situación que más ayudaba a vender sus productos” (ibídem).

El proyecto del régimen apuntó a suprimir los ámbitos comunitarios y de identificación colectiva, desmantelando las redes sociales de solidaridad. Los jóvenes vieron desintegrarse o diluirse todos aquellos

18 “Desventuras en el País-Jardín-de-Infantes”, por María Elena Walsh, en *Clarín*, 16.08.1979; fragmentos reproducidos en Dussel/Finocchio/Gojman (1997: 47-50).

19 La misma ausencia se detecta en *Billiken*, donde las imágenes familiares presentan a niños blancos, limpios, bien vestidos y alimentados; hombres adultos de pelo corto –nunca barba– y mujeres sonrientes vestidas con discreción pero los abuelos son apenas mencionados y los adolescentes no existen. No hay referencias a hermanos, primos o amigos mayores que estudien en el secundario o la universidad y la palabra adolescente no aparece (Guitelman 2003).

colectivos que los representaban como las juventudes políticas, estructuras sindicales y centros de estudiantes, tan activas y visibles antes del golpe de Estado. Una generalizada suspicacia hacia lo joven ponía en circulación mensajes contradictorios que tanto demonizaban a la juventud por su extrema politización como la condenaban por su supuesta apatía e indiferencia. Acudir a recitales o usar el pelo largo se convertían en motivo habitual de detención policial y el sólo hecho de ser joven implicaba “andar en algo raro” (Chapp 1990). Sin marcos identitarios propios, con los productos de la cultura juvenil silenciados y reprimidos e interpelados por el discurso oficial sólo para recordarles sus deberes, los jóvenes se encontraban ante un vacío de referentes.

En ese contexto, se consolidaron ámbitos alternativos de participación y expresión, donde los jóvenes hallaron códigos de identificación alternativos. Ciertos espacios que ofrecían a la vez un sentimiento de pertenencia colectiva y una relativa protección permitieron un cierto margen de libertad, como los ámbitos comunitarios o religiosos que durante la dictadura funcionaron al modo de refugios solidarios. Las peregrinaciones a Luján, por ejemplo, eran pobladas en gran medida por estudiantes secundarios que concurrían más en busca de la sensación de esfuerzo y búsqueda compartida que por convicción religiosa, así como por la posibilidad de tomar parte en una acción pública inmune a la represión. También habían aumentado los grupos juveniles de las parroquias y las comunidades judías, e incluso la práctica de artes marciales, que ofrecía una fuente de valores “auténticos” y una cosmovisión alternativa a la dominante. En los colegios secundarios, por otra parte, se mantuvo durante casi toda la dictadura un cierto nivel de resistencia por parte de las organizaciones políticas, que incluyó un recital al que acudieron 2.000 personas, volantes, pintadas y campañas por la restitución de los centros de estudiantes (Berguier/Hecker/Schifrin 1986: 65-98).

Muchas de estas prácticas de reconocimiento mutuo y resistencia se aglutinaron en torno a la cultura rock. La subcultura que se había formado en torno al llamado “rock nacional” o “música progresiva” desde finales de la década del sesenta era en verdad un movimiento diferente y aún refractario al del compromiso político. Aunque ambas opciones implicaban formas de rebeldía y ruptura con la sociedad y los valores establecidos, entre los seguidores de una y otra había mu-

tua desconfianza. Para los jóvenes politizados, la opción por el hippismo no era más que un amaneramiento escapista y burgués; quienes se inclinaban por la contracultura del rock y las búsquedas estéticas o místicas asociadas a él, creían que la militancia política reproducía el autoritarismo imperante: mientras una opción prefería el ámbito urbano y no descartaba la lucha armada, la otra soñaba con una utopía rural, comunitaria y pacifista.

La ferocidad de la represión estatal y paraestatal, sin embargo, obligó a unos y otros a replegarse hacia ámbitos protegidos de expresión (Vila 1989). En ese marco, la cultura asociada al rock ofreció un espacio de libertad relativa donde se desarrolló una subcultura de resistencia: recitales, revistas, códigos del lenguaje y del vestir permitían la creación de nuevos territorios y la circulación de discursos alternativos al disciplinamiento represivo del régimen. La relativa vitalidad del rock durante los años por lo demás oscuros de la dictadura puede entenderse a partir de ese vacío generado por el cierre de los canales de participación y la imposibilidad de la acción colectiva. En ese marco, el movimiento rock ofrecía, más allá de la música, una vía para el reconocimiento y la solidaridad mutua, en un proceso de construcción de una identidad colectiva, y a la vez un canal de expresión y oposición al régimen a través de la construcción de valores, modelos de conducta y símbolos novedosos (Jelin 1989).

En torno al rock surgían canales alternativos de consumo y espacios donde afianzar algún tipo de identidad colectiva: un “nosotros”.²⁰ A su calor se desarrollaron prácticas como escuchar música en grupo en casas particulares, combinando la protección del espacio privado con un elemento colectivo y de reconocimiento generacional. El hecho de que en los años 1976 y 1977 haya sido proporcionalmente mayor la cantidad de recitales que de discos vendidos indicaría que la afición por el rock respondía a una necesidad más social que estética (Vila 1989). Decenas de revistas editadas a lo largo de 16 años con tiradas de hasta 25.000 ejemplares y alrededor de 4.000 revistas *underground*

20 Según el testimonio de un joven, “vos mirabas a la gente en los recitales y te parecía que todo el mundo era lindo! Porque vos veías a la gente que te miraba como... como mira a un ser humano, ¿viste? Con algo en los ojos, y afuera miraban todos vacíos, ¿viste? Entonces tenías dos realidades totalmente diferentes” (citado en Vila 1989: 87). Pablo Vila destaca que el testimonio no opone “nosotros” y “ellos” sino “afuera” y “adentro”.

son expresiones de la importancia de ese movimiento como manifestación social. En el *Expreso Imaginario*, que llegó a tirar 15.000 ejemplares, era opinión unánime que la sección más importante era el correo de lectores, ámbito fundamental de afianzamiento del “nosotros” (Vila 1989: 83).

De ese modo, aunque se trataba de un movimiento cultural que no tenía ni pretendía tener incidencia en el plano político, el rock llegó a tener una fuerte presencia contestataria y generar espacios antagónicos y opositores al régimen militar. El oasis social que brindaron durante los primeros años de dictadura los conciertos de rock se interrumpió a partir de un discurso del almirante Massera, uno de los jefes de la Junta Militar, en el que asociaba “rock” con “subversión”.²¹ En adelante se produjeron episodios de represión y detenciones generalizadas durante o a la salida de los recitales y resultó difícil encontrar salas dispuestas a albergarlos, quedando el rock en una posición aún más marginal. Asociado con un comportamiento antisocial y con la insinuación del tráfico de drogas, vedado totalmente de la radio y la televisión, prohibidos los grandes recitales y con la industria discográfica vigilada y censurada, el rock persistió en los márgenes mientras la censura estimulaba la inspiración de los textos, que se poblaron de “desplazamientos metafóricos” y recursos poéticos imaginativos que enriquecieron con bellísimas letras la canción rock.²²

6. De la discoteca a la guerra

Con la organización del Campeonato Mundial de Fútbol de 1978, el régimen vio una oportunidad de crear consenso, o su ilusión, y poner en escena la imagen de una sociedad supuestamente pacificada. Los jefes militares y la prensa presentaron el “Mundial” como la clausura simbólica de la etapa de conflictos y violencia. Los jóvenes rockeros, “subversivos” o sospechosos se retiraron de la escena para dar paso a

21 El discurso fue pronunciado en la Universidad del Salvador el 26 de noviembre de 1976. Massera se refirió por ejemplo al “joven sospechoso” y a la “sociedad secreta que celebra sus ritos: la ropa, la música, la droga” (Vila 1989: 86).

22 El primer disco del grupo Serú Girán, de 1976, consta en su mayoría de canciones con textos cuyas palabras, como el nombre del grupo, no significan nada; un modo oblicuo de decirlo todo. Otras piezas de ese grupo (“Canción de Alicia en el país”, “Encuentro con el diablo”, “Paranoia y soledad”) abundan en metáforas y alusiones cifradas a la represión.

la juventud gimnasta y saludable que se exhibió en las estructuradas rutinas atléticas de la fiesta de inauguración y se consagró con el triunfo en el evento deportivo de la selección nacional.²³

Para estos “nuevos jóvenes” el mercado del entretenimiento disponía de una serie de productos culturales masivos e internacionalizados. Ese mismo año, la llegada al país de la película *Fiebre de sábado por la noche* fue anunciada exaltadamente en la prensa como “el gran suceso del cine norteamericano” y como expresión de un nuevo fenómeno: el auge de las discotecas, una “alucinación de millares de jóvenes que esperan la hora del baile” y es protagonizada por “una nueva generación que corre pocos riesgos, que se gradúa en las facultades, busca un trabajo, y una vez por semana, el sábado a la noche, simplemente explota”.²⁴ Así, la represión de los jóvenes militantes, el vaciamiento de la educación y la persecución de la cultura juvenil fueron seguidos por la oferta de un modelo de consumo cultural estandarizado y de carácter superficial. La juventud acotaba ahora su fervor en tiempo (el fin de semana) y espacio (la discoteca). El auge de la moda “disco” y las formas de socialización asociadas a ella entre los jóvenes proponen el consumo pasivo donde antes hubo creación de valores identificatorios propios y reemplazaba el compromiso por el esparcimiento.²⁵ El resultado: “una nueva manera de mirar las cosas, tal vez un mundo un poco más superficial: ir a bailar por el sólo hecho de bailar. Toda una cultura *light* para un cuerpo reprimido”.²⁶

23 El Mundial de Fútbol tuvo lugar en Argentina entre el 1º y el 25 de junio de 1978 pese a las campañas internacionales que llamaban a boicotarlo en protesta por las violaciones a los derechos humanos en el país.

24 Esta corriente, continúa el texto, se remonta a la década del cincuenta, “la auténtica edad de oro de los ‘sábados por la noche’”, salteando la etapa intermedia de “la lógica recesión de los años sesenta [...], una época en la que muchos, la inmensa mayoría, vivía otras preocupaciones”. El articulista borra así bruscamente los movimientos contraculturales del '68, las revueltas estudiantiles que tuvieron lugar en la década del sesenta en casi todo el mundo, la resistencia a la guerra de Vietnam y el hippismo. Traducido de una fuente norteamericana, el texto indicaría que no sólo en Argentina se intentaba hacer desaparecer una memoria generacional (*Clarín*, suplemento *Espectáculos*, 20.06.1978).

25 Pablo Vila escribe que “la discoteca reemplaza al recital, el baile al canto, el inglés al castellano, la incomunicación a la comunicación. La sensación que embarga a los participantes del movimiento es que el rock nacional se muere. Los partícipes del movimiento quedan atrapados en un clima de orfandad” (Vila 1989: 91).

26 Alejandro Pont Lezica, *disc-jockey*, citado en Gilbert/Vitagliano (1998: 157).

Los conciertos de rock, que pese a la competencia desigual con la “música envasada” no habían perdido totalmente su audiencia, comenzaron a recuperar su caudal de público a partir de 1980 y llegaron a convocar anualmente, entre 1980 y 1983, más de medio millón de jóvenes (Vila 1989: 83). A medida que resurgían, los recitales ofrecían un ámbito donde, como en los estadios de fútbol, el antimilitarismo creciente podía expresarse colectivamente en los cánticos de las tribunas (“El que no salta/es un militar” y “Se va a acabar/se va a acabar/la dictadura militar”). Sin embargo, fue sólo a raíz de la desventura bélica del Atlántico Sur que el rock nacional recibió un paradójico respaldo oficial.

Cuando en 1982 la guerra por las islas Malvinas enfrentó a los militares argentinos con Gran Bretaña, una sorpresiva ola de nacionalismo cultural y solidaridad latinoamericana, sumada a la prohibición de emitir por radio música cantada en inglés, prodigó un inesperado aval al antes perseguido y marginado rock nacional. Sus canciones poblaron la programación radial y sus festivales alcanzaron difusión masiva y protección oficial. Súbitamente rehabilitados, los jóvenes que hasta entonces eran objeto de suspicacia y represión fueron invocados como valerosos soldados que debían estar dispuestos a dar la vida por la Patria, “como si fuera necesaria la guerra para asignar a los jóvenes un lugar ‘positivo’” y como si acaso “sólo se les otorgara dicho lugar en función de proyectos adultos” (Chapp 1990: 52). Ante un sistema que parecía tenerlos en cuenta sólo para usarlos o masacrarlos, fue nuevamente el lenguaje del rock el que expresó con mayor autenticidad el desconcierto de los sectores juveniles.²⁷ El músico Raúl Porchetto dedicó la letra de varias canciones a esta interpelación oportunista de los jóvenes, enviados súbitamente a una guerra absurda,

con la cabeza rapada
la juventud pisoteada
este hermanito a casa volvió
Nadie que le explique claro
por qué pasó lo pasado
este hermanito a casa volvió

27 “El movimiento de rock nacional, no habiendo apoyado al gobierno en su aventura bélica, y representando, como principal movimiento juvenil, a los verdaderos perjudicados por la guerra: los cientos de jóvenes muertos o mutilados, sí asumió la crítica frontal al gobierno militar” (Vila 1989: 106).

¿Y dónde están los que gritaban
la juventud se la pasa en la pavana?
("Este hermanito" en Porchetto 1982);

convocados demagógicamente a interesarse en política y votar,

Para guerra o elecciones
pibe no nos abandones
che pibe, vení votá.
("Che pibe" en Porchetto 1982);

usados en definitiva, como objeto en un juego dominado por otros:

Todo lo que hagás, pibe, no es bueno
hoy ser joven no tiene perdón
sos la pelotita de este juego
un metegol.
("Metegol" en Porchetto 1980).

La derrota militar en la guerra por las islas Malvinas, que precipitó la decadencia del régimen dictatorial y el llamado a elecciones, fue el último exponente de esa consideración de los jóvenes como recurso disponible y barato que tanto puede ser ignorado o castigado como repentinamente convocado y adulado según la necesidad. Más del 50% de los soldados enviados a luchar en el invierno austral mal pertrechados y entrenados, abusados en ocasiones por sus superiores y obligados a sostener una guerra destinada a fracasar, eran civiles conscriptos de 18 y 19 años.²⁸ Cientos de ellos murieron en la guerra, sin llegar a ver la súbita rehabilitación pública de los jóvenes y el descongelamiento político que siguió al episodio bélico.

7. Lenguajes y secuelas

Los efectos de la represión de los jóvenes y el maltrato de niños por el régimen militar afectaron no sólo a quienes fueron víctimas directas de la violencia estatal sino a todos aquellos que crecieron bajo la dictadura. Investigaciones acerca de la juventud argentina durante la transición democrática atribuyen un cambio fundamental en la misma

28 Novaro y Palermo calculan en 1.200 el número de bajas entre muertos y heridos y consideran que la presencia en las islas de los jóvenes soldados conscriptos carecía de justificación desde el punto de vista militar. "Muchos de ellos –escriben– casi todos, murieron [...] simplemente porque la maquinaria de poder estatal y consenso social los había puesto allí" (Novaro/Palermo 2003: 451).

a los efectos de la violencia y en particular del terrorismo de Estado. Según Cecilia Braslavsky (1986), el incremento de la violencia en espacios públicos como calles, plazas y estadios de fútbol entre 1976 y 1983, vinculado con el modelo autoritario padecido, es uno de los desarrollos que más repercutió sobre la subjetividad juvenil de la generación post-dictadura. María Ester Chapp (1990) percibe que las secuelas del régimen autoritario subsistieron en los jóvenes en actitudes de desconfianza, escepticismo e intolerancia. Como demostrando la fuerza con que necesariamente regresa aquello que es reprimido, el “pesimismo” prohibido en los libros de lectura del régimen se manifestó como uno de los signos representativos de quienes eran jóvenes a fines de los ochenta. Los chicos crecidos en dictadura criticaban la experiencia represiva pero también percibían el presente como amenazante; a diferencia de sus hermanos mayores politizados, descreían del futuro, centraban sus aspiraciones en el ámbito privado, y expresaban sus preocupaciones sobre el futuro sólo en clave individual. La sensación de haber sido usados por los partidos políticos y la constatación de que muchos jóvenes militantes habían sido desprotegidos por sus dirigentes durante la represión también dejó huellas profundas en los jóvenes que crecieron en dictadura (Vila 1989: 140).

Síntomas de la violencia padecida se observaron además en la aparición de jergas juveniles pobladas de imágenes de muerte y persecución. Si bien el empleo de un lenguaje propio diferenciado es habitual en los jóvenes, su proliferación durante la dictadura puede interpretarse como una reacción de resistencia o una actitud defensiva por parte de jóvenes que habían padecido la hostilidad del mundo adulto. Esa jerga abundaba en imágenes de violencia y de tortura asociadas a los crímenes de los militares y ponía en circulación en la vida cotidiana palabras como “secuestro”, “matar”, “marcar” y “pegar” (Chapp 1990). Los jóvenes reproducían el lenguaje de la violencia política también en términos como “copar”, que en el discurso adolescente se utilizaba para designar algo muy placentero y satisfactorio, mientras el discurso político militar la usaba para designar la entrada violenta a lugares de vivienda o trabajo (como copamientos de fábricas o de facultades). El ejemplo más evidente de esta extraño argot juvenil fue la expresión “matar mil”, surgida y extendida hacia el final de la dictadura, cargada de connotaciones positivas para calificar un hecho muy agradable. Otra frase del léxico juvenil surgido en esos años,

“no tengo resto”, aplicada a “no tener dinero”, habría sido el modo desplazado de afirmar que “hay treinta mil desaparecidos de los cuales supuestamente nadie puede devolver tan siquiera los restos” o sea que “treinta millones de Argentinos no tenemos restos” (Palomo 1987: 132). Otras expresiones presentes en el habla cotidiana argentina desde esos años como “cortar el rostro” (rechazar), “no existir” (ser de lo peor) o “brutal”, como adjetivo exclamativo de signo positivo, serían también recordatorios involuntarios y subterráneos del terror que siguieron reproduciendo sus efectos en la generación posterior.

Si las secuelas de la represión y el oscurantismo afectaron en forma más o menos oblicua e indirecta al conjunto de la juventud, en quienes fueron sus víctimas directas durante la infancia los daños resultaron más profundos y las posibilidades de cura inciertas. Para tratar a los niños que habían sido directamente afectados por el terrorismo de Estado, los equipos de psicólogos vinculados a los organismos de derechos humanos debieron desarrollar herramientas teóricas y recursos terapéuticos novedosos puesto que las situaciones clínicas presentaban desafíos inéditos. Entre estos se encuentra la singularidad de la figura de la desaparición que, a diferencia de la muerte, se sustrae a los modelos y ciclos de duelo conocidos, dificultando su elaboración. También el sufrimiento impartido a niños de corta edad por el terrorismo de Estado obligó a los profesionales de salud mental a reflexionar acerca de terrenos poco conocidos hasta entonces. Esos niños que han sufrido la represión sin mediaciones encarnan la “memoria infantil” de la represión en Argentina; en ellos los profesionales encuentran una relación manifiesta entre el desarrollo evolutivo o su deterioro y el sufrimiento psíquico padecido, o su interrupción.²⁹ Ob-

29 Valga como ejemplo el caso de una niña cuyos padres fueron detenidos cuando ella tenía 10 meses y quedó sola hasta que su llanto llamó la atención de los vecinos. Fue cuidada por distintas personas hasta que se la entregaron a su madre en la cárcel, cuatro meses después de la separación: el desarrollo de la niña se había fijado en ese momento, como si siguiera teniendo diez meses, tanto en su aspecto físico como en su conducta. En el contacto con la madre (aún en prisión) pudo recuperarse y al cabo de un mes caminaba y hablaba. Fue separada nuevamente de su madre y al reencontrarse con sus padres a los tres años otra vez su lenguaje se había reducido al del momento de la separación; el encuentro, nuevamente, aceleró el desarrollo. Otro caso fue el de un chico separado de sus padres a los dos años cuyos trastornos de motricidad desaparecieron cuando se reencontró con sus abuelos (Bermann 1994: 20-21).

servan también cierta homogeneidad en las secuelas en función de la edad en que ocurrieron los hechos; mientras en bebés y niños pequeños parecen predominar los síntomas de tipo orgánico, expresados en el cuerpo, en niños mayores aparecen estructurados en niveles psíquicos más hondos y se expresan por ejemplo en fobias (Bermann 1994). Las manifestaciones sintomáticas, además, varían según las características familiares y la historia personal previa y posterior de los niños, la intervención exitosa por parte de los padres o algún adulto sustituto, así como el grado de represión sufrida.³⁰ Según el psicoanalista Fernando Ulloa en los niños que fueron testigos presenciales directos de la violencia, “su comportamiento está tan atrozmente marcado, que parecería transformarlos en actores permanentes, más o menos explícitos, del horror al que asistieron”; la elaboración del duelo, sin embargo, es favorecida cuando se ha podido desarrollar una actividad orgánica, solidaria y militante con otros afectados (1987: 14-15).

En lo que todos los terapeutas que trataron a niños afectados por la represión coinciden es en considerar que esos pacientes no son sino el emergente de un conflicto social. Según sus evaluaciones, “los cientos de historias clínicas [...] muestran claramente que nos hallamos ante una situación de excepción desde el punto de vista de la psicología social [en la que] el familiar directo afectado no es más que la expresión exacerbada de un síntoma que cubre al conjunto de los argentinos”, y esos pacientes son “portadores y portavoces de la renegación social” (Juan J. Fariña y Victoria Martínez en Martínez 1987: 30 y 87). Observan también que “la falta de respuesta del cuerpo social agrava los efectos de la situación traumática” y que la impunidad de los represores “cronifican y agravan los efectos traumáticos en los afectados directos” mientras que “en la sociedad en su conjunto mantiene vigente el fantasma de la repetición del terror” (ibídem: 174-148). Según escribe Fernando Ulloa, las terapias pueden ayudar, pero

30 “Cuando la represión cae directamente sobre el niño y sus padres, los efectos son devastadores” escribe Silvia Bermann refiriéndose a niños que vivieron en carne propia el peligro de muerte, como un niño de cinco años a quien amenazaron con matar llevando una pistola a la sien para forzar al padre durante el interrogatorio. El niño quedó con múltiples síntomas de pánico, insomnio y agorafobia. En estos casos “no hay olvido posible. Donde no hay recuerdo el síntoma se encarga de abrirle el camino” (Bermann 1994: 24); Fernando Ulloa añade que “cuanto más pequeños [los niños], cuantas menos palabras tenían en el momento de los hechos, más tienden a actuarlos” (Ulloa 1987: 14).

si estos niños, a través de cuyo comportamiento sintomático persiste la memoria incómoda del pasado horroroso del que fueron víctimas, no encuentran un cuerpo social que haya hecho verdad y justicia con los agentes y los sistemas que cometieron los crímenes, tendrán muy mermadas sus posibilidades de zafarse de ser memoria sintomática y de acceder a una real elaboración. Como si la amenaza de una cristalización de la violencia sintomática los condenara a ser exhumación viviente de la tragedia de sus mayores. Esto no sólo acontecerá en su generación sino, tal lo enseña la experiencia europea, en las generaciones que les continúan (Ulloa 1987: 15).

Las experiencias clínicas demuestran que las terapias deben articular lo histórico y social con lo subjetivo pero también que las respuestas últimas del tratamiento dependerán de las respuestas que construya la sociedad entera para explicarse lo sucedido, en definitiva, que los afectados por un mal social sólo pueden curarse si la sociedad “se cura” a sí misma.

8. Los únicos desaparecidos vivos

La organización de las abuelas de niños desaparecidos, como la de Madres de la Plaza de Mayo, tuvo un origen espontáneo durante la dictadura a partir de sus encuentros en las reparticiones oficiales adonde acudían infructuosamente en busca de información sobre sus hijos o nietos.³¹ A medida que iban conociéndose y escuchando las respectivas historias, las madres de desaparecidos comprendían que sus casos no eran únicos sino que la desaparición era un fenómeno colectivo y que, si había una solución, ésta sería colectiva. Las madres que además tenían nietos secuestrados, o cuyas hijas o nueras estaban embarazadas en el momento de desaparecer, fueron tomando conciencia de que los secuestros de bebés no eran casos aislados sino resultado de una política generalizada y sistemática. Consideraron también que su acción tenía un objetivo específico diferente del de las madres de desaparecidos y se aglutinaron en torno a él, primero bajo el nombre Abuelas Argentinas con Nietitos Desaparecidos, luego como Abuelas de Plaza de Mayo.

Tras acudir a juzgados de menores y a autoridades militares, policiales y eclesiásticas sin encontrar respuesta, las Abuelas de Plaza de Mayo buscaron ayuda internacional. A partir de 1978 comenzaron a

31 Ver Abuelas de Plaza de Mayo (1995 y 1999), Arditti (1999) y Herrera/Tenenbaum (2001).

recibir apoyo del exterior y desde 1979 a trabajar junto a la organización brasilera CLAMOR. Ya entonces se habían dado cuenta de que sería imposible recuperar a los nietos a través de información proporcionada por los militares responsables de los secuestros o por los apropiadores de los niños, y que la justicia y los políticos eran renuentes o incapaces de ayudar. De ese modo fueron organizándose para compartir la información disponible y seguir las pistas que pudieran llevarlas a encontrar a sus nietos. El primer caso de una nieta localizada tuvo lugar aún en dictadura y enfrentó a las Abuelas con un problema en el que no habían pensado: cómo demostrar la filiación de la niña. La nieta, Paula Logares, fue restituida a su familia biológica pero el desafío, comprendieron, se repetiría con cada hallazgo. De ese modo, y en su esfuerzo por encontrar, restituir y cuidar afectivamente a los niños apropiados, las Abuelas de Plaza de Mayo impulsaron un movimiento social de bases cada vez más amplias y favorecieron innovaciones científicas al menos en tres campos: genético, psicológico y jurídico.

En el área genética sus iniciativas tuvieron un origen casi casual cuando una integrante del grupo leyó y recortó un artículo de prensa sobre modos novedosos de identificar familiares a través de información genética. Con ese recorte en el bolsillo, y a lo largo de sus viajes, las Abuelas de Plaza de Mayo contactaron a científicos del exterior que les permitieran demostrar la filiación de niños cuyos padres no estuvieran con vida empleando patrones genéticos de otros familiares (abuelas, tíos, hermanos cuando los hay). Un equipo internacional formado por científicos argentinos, norteamericanos y franceses desarrolló modos de probar el parentesco con niveles de más del 99% de probabilidad gracias a un cálculo que, en homenaje a ellas, se denomina “índice de abuelidad”.

En el caso de los psicólogos que rodean la actividad de Abuelas de Plaza de Mayo, sus escritos revelan las dificultades ya mencionadas de, por un lado, tratar casos para los cuales resultan insuficientes las herramientas teóricas disponibles y, por otro lado, atender a pacientes que no poseen patologías individuales sino que son portadores de una tragedia social. A estos desafíos se les sumaron los múltiples derivados de los procesos de localización, identificación y eventualmente restitución de estos niños a sus familias biológicas. Los psicólogos consideran que los niños tomados por los militares como “botín de

guerra” y criados en la mentira viven en condición de “esclavitud” y que aquellos que han recuperado su identidad y su historia realizan evoluciones positivas en su personalidad y su perspectiva existencial (Abuelas de Plaza de Mayo 1995: 39). La prolongación de la situación de apropiación en que aún se encuentran cientos de niños, en cambio, representa un alto riesgo psíquico individual, familiar y social puesto que el tiempo agudiza su gravedad, más aún teniendo en cuenta que muchos de ellos viven con ex-represores (ibídem: 93). La actividad de estos profesionales debe confrontarse con aspectos problemáticos de la psicología, como las fronteras entre biología y cultura, herencia genética y crianza, que atañen a zonas oscuras de la vida psíquica. El conocimiento disponible, por otra parte, se va acumulando con la práctica y debe ajustarse al paso del tiempo que eleva cada vez más la edad de los jóvenes encontrados.³²

Las Abuelas de Plaza de Mayo han introducido también modificaciones jurídicas en el plano internacional destinadas a hacer más seguras las adopciones, beneficiando así a numerosos niños víctimas de apropiaciones ilegales más allá del caso argentino. Han logrado que la Convención de los Derechos del Niño de las Naciones Unidas limite la adopción internacional –cuya legislación borrosa favorece el tráfico de niños– y establezca el derecho del niño a conocer y mantener, si lo desea, su identidad original (Arditti 1999: cap. VII). De ese modo, afirma el jurista Eugenio Zaffaroni, han hecho una contribución fundamental para situar al niño como titular de derechos tras una larga tradición que consideraba al niño como un ser inferior que había que tutelar. El “discurso perverso de la tutela”, según Zaffaroni, cosificaba al niño tratándolo como “niño objeto, el niño no persona, el niño no ciudadano, el niño no titular de derechos” y las iniciativas de Abuelas de Plaza de Mayo favorecieron en cambio la “re-personalización del niño dentro del plano jurídico” (Abuelas de Plaza de Mayo 1995: 43).

El trabajo de esa organización se ha asociado al de organismos públicos como el Banco Nacional de Datos Genéticos y la Comisión

32 En el caso de los mellizos Reggiardo-Tolosa, que tuvo una desmedida y contra-productiva exposición mediática, Andrea Rodríguez (1996) desliza la pregunta de si el asesoramiento que recibió el juez por parte de los psicólogos fue adecuado o acaso contribuyó involuntariamente al “fracaso” del proceso de restitución por recomendar procedimientos adecuados a niños pequeños para los mellizos ya adolescentes.

Nacional por la Identidad (CONADI), que garantizan el aval estatal a su tarea y facilitan, al menos en teoría, la búsqueda de sus nietos. No obstante, mientras los militares responsables de esos crímenes continúan sin brindar la información precisa y mientras el Estado carezca de la voluntad o la capacidad de disponer de ella, las Abuelas de Plaza de Mayo se encuentran limitadas en las averiguaciones sobre el destino de sus nietos. Conscientes de que el paso del tiempo juega en contra, han impulsado diversas campañas dirigidas a la opinión pública destinadas a concientizar sobre el problema y, especialmente, a motivar a los jóvenes en edad de haber sido expropiados y que tengan dudas sobre su identidad para que acudan voluntariamente a la CONADI y se realicen el test genético que permita probar su filiación.³³

La primera de estas iniciativas, “Teatro X la identidad”, se realizó en varias ciudades del país, dio origen a otras actividades como “Rock X la identidad”, “Deporte X la identidad” y “Arte y cultura X la identidad” y fue acompañada por intensas campañas publicitarias, viajes a las provincias, exposiciones artísticas y el estreno comercial del film documental *Botín de guerra* de David Blaustein (1999). Todas ellas son un ejemplo, entre muchos, de cómo ante la ausencia o falencia del Estado para asumir su rol, en este caso en la protección de los niños, la sociedad civil se hace cargo de ese vacío impulsando acciones tendientes a su reparación.

Los hijos de desaparecidos, que hoy son adultos jóvenes, han comenzado a confrontarse con su historia individual o colectivamente y se han reunido en una organización. La agrupación H.I.J.O.S. (Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio) surgió en 1995 y en pocos años dio lugar a la creación de filiales en varias ciudades de Argentina y de otros países, aunque también a escisiones debidas a divergencias internas. Su experiencia al reunirse demuestra, como en el caso de sus abuelas, la potencialidad que poseen los propios afectados por el terrorismo de Estado de definirse a sí mismos como sujetos políticos, saliendo del lugar de víctima pasiva que les adjudicó la historia y transformando el sufrimiento en marca positiva de identidad. Los testimonios de hijos de desaparecidos no ocultan el

33 El último de los nietos identificados, el número 75, se presentó espontáneamente tras dudar largamente de su identidad. Su nombre es Horacio Pietragalla Corti y tenía al hacerlo 27 años. Ver la *Publicación de las Abuelas de Plaza de Mayo por la identidad, la memoria y la justicia*, Año IV, N° 20, mayo 2003.

dolor de haber crecido sin padres y, aun cuando rescatan el compromiso e idealismo que animó a la generación de sus progenitores, algunos cuestionan con amargura que su decisión de entregarse a la política haya estado por encima de la opción por el cuidado de la familia y de los hijos.³⁴ La constitución y actividad de los hijos de desaparecidos, aunque no exenta de conflictos y disidencias, es por sí misma una desmentida activa al propósito del almirante Massera de borrar “todo vestigio” de los caídos por varias generaciones. Su existencia demuestra que las personas tienen la capacidad de sobreponerse a su circunstancia y a su historia; pero para eso, antes, deben conocerla. Los cientos de jóvenes argentinos que están entrando en la adultez sin conocer su verdadera identidad son también el síntoma de una sociedad traumatizada que acaso aún no terminó de encontrarse a sí misma tras la experiencia devastadora del terror estatal.

Bibliografía

- Abuelas de Plaza de Mayo (ed.) (1995): *Filiación, identidad, restitución. 15 años de lucha de Abuelas de Plaza de Mayo*. Buenos Aires: El Bloque editorial.
- (1999): *Juventud e identidad. 20 años de lucha*. Buenos Aires: Espacio editorial.
- Almirón, Fernando (1999): *Campo santo. Los asesinatos del Ejército en Campo de Mayo. Testimonios del ex-sargento Víctor Ibañez*. Buenos Aires: Editorial 21.
- Arditti, Rita (1999): *Searching for life. The Grandmothers of the Plaza de Mayo and the Disappeared Children of Argentina*. Berkeley: University of California Press.
- Bauman, Zygmunt (1989): *Modernity and the Holocaust*. Cambridge: Polity Press.
- Berguier, Rubén/Hecker, Eduardo/Schifrin, Ariel (1986): *Estudiantes secundarios: sociedad y política*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Bermann, Sylvia (1994): “Sociedad, psicología y tortura en América Latina”. En: AA.VV.: *Efectos psicosociales de la represión política. Sus secuelas en Alemania, Argentina y Uruguay*. Córdoba: Goethe Institut, pp. 11-29.
- Blaustein, Eduardo/Zubieta, Martín (1998): *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el proceso*. Buenos Aires: Colihue.
- Braslavsky, Cecilia (1986): *La juventud argentina: informe de situación*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Calveiro, Pilar (1998): *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Colihue.
- Chapp, María Ester (1990): *Juventud y familia en una sociedad en crisis*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

34 Ver los testimonios reunidos en Gelman/La Madrid (1997).

- CONADEP – Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (1984): *Informe Nunca Más*. Buenos Aires: Eudeba.
- Dussel, Inés/Finocchio, Silvia/Gojman, Silvia (1997): *Haciendo memoria en el país de Nunca Más*. Buenos Aires: Eudeba.
- File, Judith (1997): *Entre el parentesco y la política. Familia y dictadura, 1976-1983*. Buenos Aires: Biblos.
- Filmus, Daniel (1988): “Democratización de la educación: proceso y perspectivas”. En: Filmus, Daniel/Frigerio, Graciela (1988): *Educación, autoritarismo y democracia*. (Cuadernos FLACSO) Buenos Aires: Miño y Dávila Editores, pp. 9-31.
- Foucault, Michel (1977): *La voluntad de saber. Historia de la sexualidad I*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Garaño, Santiago/Petrot, Werner (2002): *La otra juvenilia: militancia y represión en el Colegio Nacional de Buenos Aires*. Buenos Aires: Biblos.
- Gelman, Juan/La Madrid, Mara (1997): *Ni el flaco perdón de Dios. Hijos de desaparecidos*. Buenos Aires: Planeta.
- Gilbert, Abel/Vitagliano, Miguel (1998): *El terror y la gloria. La vida, el fútbol y la política en la Argentina del Mundial 78*. Buenos Aires: Norma.
- Gociol, Judith/Invernizzi, Hernán (2002): *Un golpe a los libros. Represión a la cultura durante la última dictadura militar*. Buenos Aires: Eudeba.
- Graziano, Frank (1992): *Divine Violence. Spectacle, Psychosexuality & Radical Christianity in the Argentine “Dirty War”*. Boulder/San Francisco/Oxford: Westview Press.
- Guitelman, Paula (2003): *Subjetividad infantil e imaginario técnico durante el “Proceso”*. Análisis de un caso. Tesina de licenciatura en Ciencias de la Comunicación (Mimeo). Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Herrera, Matilde (1988): *Anche tu hai pianto. La violenza sui bambini nell’Argentina del general*. Roma: Edizioni Associate. [Orig.: *Vos también lloraste* (1986). Buenos Aires: Libros de Tierra Firme].
- Herrera, Matilde/Tenenbaum, Ernesto (2001): *Identidad, despojo y restitución*. Buenos Aires: Abuelas de Plaza de Mayo.
- Jelin, Elizabeth (1984): *Familia y unidad doméstica: mundo público y vida privada*. Buenos Aires: Estudios Cedes.
- Jelin, Elizabeth (ed.) (1989): *Los nuevos movimientos sociales*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Kordon, Diana/Edelman, Lucila (1994): “Conferencia sobre consecuencias psicosociales de la represión política y la impunidad”. En: AA.VV. (1994): *Efectos psicosociales de la represión política. Sus secuelas en Alemania, Argentina y Uruguay*. Córdoba: Goethe-Institut, pp. 77-87.
- Martínez, Victoria (ed.) (1987): *Terrorismo de Estado. Efectos psicológicos en los niños*. Buenos Aires: Paidós.
- Mignone, Emilio F. (1991): *Derechos humanos y sociedad. El caso argentino*. Buenos Aires: CELS/Ediciones del Pensamiento Nacional.
- Novaro, Marcos/Palermo, Vicente (2003): *La dictadura militar 1976/1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática*. Buenos Aires: Paidós.

- O'Donnell, Guillermo (1983): "Democracia en Argentina: micro y macro". Working Paper #2. The Helen Kellog Institute for International Studies, University of Notre Dame.
- Palomo, Vilma (1987): "¿Usted sabe qué está haciendo su hijo en este momento?" En: Martínez, Victoria (ed.): *Terrorismo de Estado. Efectos psicológicos en los niños*. Buenos Aires: Paidós, pp. 127-132.
- Porchetto, Raúl (1980): *Metegol*. Buenos Aires.
- (1982): *Che pibe, vení votá*. Buenos Aires.
- Puiggrós, Adriana (ed.) (1997): *Dictaduras y utopías en la historia reciente de la educación argentina (1955-1983)*. Buenos Aires: Galerna.
- Rodríguez, Andrea (1996): *Nacidos en la sombra. La historia secreta de los mellizos Reggiardo Tolosa y el subcomisario Miara*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Schindel, Estela (2000): "El crimen en el tiempo". En: *Artefacto. Pensamientos sobre la técnica*. N° 3. Buenos Aires: Eudeba, pp. 22-27.
- Seoane, María/Ruiz Nuñez, Héctor (1986): *La noche de los lápices*. Buenos Aires: Contrapunto. (Publicado en alemán como *Die Nacht der Bleistifte* (1989). Stuttgart: Schmetterling Verlag).
- Taylor, Diana (1997): *Disappearing Acts. Spectacles of Gender and Nationalism in Argentina's Dirty War*. Durham/London: Duke University Press.
- Tedesco, Juan Carlos (1987): "Elementos para una sociología del currículum escolar en Argentina". En: Tedesco, Juan Carlos/Braslavsky, Cecilia/Carciofi, Ricardo: *El proyecto educativo autoritario: Argentina 1976-1982*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.
- Timermann, Jacobo (1981): *Preso sin nombre, celda sin número*. Caracas: Editorial Ateneo de Caracas.
- Ulloa, Fernando (1987): "Prólogo". En: Martínez, Victoria (ed.): *Terrorismo de Estado. Efectos psicológicos en los niños*. Buenos Aires: Paidós, pp. 13-15.
- Verbitsky, Horacio (1985): *Rodolfo Walsh y la prensa clandestina. 1976-1978*. Buenos Aires: Ediciones de la Urraca.
- Vergara, María (1997): *Silence, Order, Obedience and Discipline. The educational discourse of the Argentinean Military Regime (1976-1983)*. Lund: Lund University Press.
- Vila, Pablo (1989): "Rock nacional, crónicas de la resistencia juvenil". En: Jelin, Elizabeth (ed.): *Los nuevos movimientos sociales*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, pp. 83-148.